

CAPITULO VI.

Historia de Roma desde el fin de la segunda guerra púnica hasta la muerte de Anibal y de Scipion (1).

(201-183.)

Roma, despues de haber vencido á Cartago, se encontró en desacuerdo con los reinos procedentes del desmembramiento del imperio de Alejandro. Le era fácil triunfar de todas aquellas naciones enervadas, é incorporar sus posesiones á su vasto imperio; pero como todas las cosas que quieren durar, ella no se apresuró á aumentarse ni engrandecer. Despues de Zama, dejó á Cartago y á los Numidas debilitarse mutuamente, y despues de haber dado un golpe mortal á la Grecia y á la Siria en las grandes batallas de Cinocéfaló y de Magnesia, y dejado extinguirse los Filopemenos y Anibales, abandonó estos pueblos á la corrupcion y á la anarquía, sin parecer ambicionar su conquista. Luego que sus vicios interiores los destruyeron enteramente, el senado empleó toda su astucia y maña para aficionarse todas estas naciones, é imponerles las leyes y costumbres de los Romanos. Despues de haberlas sujetado así, las convirtió en otras tantas provincias de su grande imperio.

§ 1. Guerra contra Macedonia (201-196).

Estado de Roma despues de la paz (201). Luego que se firmó la paz con Cartago, el pueblo Romano no deseaba otra cosa que el descanso para reparar todos los males que la guerra le habia ocasionado. Tenia ya bastante gloria y combates; lo que le faltaba era tranquilidad. Comprendiendo la política perspicaz del senado que Roma no debía permitir á sus enemigos volver á tomar vigor, se apresuró á atacaries con el

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR. Entre los antiguos, Polibio, *Fragments*; Plutarco, *Vidas de Filopemeno, de Flamínio y de Caton*; Apiano, *Bell. Surian*; Tito Livio, xxx y sig.; Cornelio Nepote, Justino, etc. Entre los modernos, Duruy, Dumont, Heeren, etc., etc.

objeto de prevenir los peligros de una nueva coalicion. Siendo el rey de Macedonia el vecino mas fuerte y menos seguro, se le declaró la guerra. El pueblo murmuró al pronto, y exclamó que los senadores querian á toda costa eternizar la guerra para perpetuar su poder absoluto. Mas el cónsul Sulpicio, habiéndole hecho comprender la necesidad de esta medida, se alistó silenciosamente, y no pensó ya mas que en hacer su deber con honor. Sulpicio tuvo los honores de la primera campaña; pero estaba reservado á su sucesor Flaminio humillar al rey de Macedonia, menos por la energía de su valor que por las insinuaciones de su hábil política.

Triunfos de Flaminio. Mientras que Felipe de Macedonia se indisponia con todos sus aliados por su furor brutal, Flaminio por el contrario desarrollaba todas las gracias de su espíritu amable y moderado. Así es que no tardó en recoger todos los frutos de su benignidad y prudencia. Apenas entró en la Tesalia, cuando vió que todas las ciudades se le entregaron; los Griegos situados de este lado de las Termópilas, estaban impacientes de verle y saludarle como á su libertador; los Aqueos renunciaron públicamente á la alianza de Filipo para unirse á los Romanos contra él; los Opuncios prefirieron tambien la proteccion de los Flaminios á la que los Etolios les ofrecian. Todos estos Griegos, que habian oido decir á los Macedonios que iban á ser invadidos por un ejército de Bárbaros, veian con admiracion en el cónsul romano un hombre en la flor de la edad, de un exterior afable y gracioso, que hablaba con mucha pureza la lengua griega, y se hallaba penetrado de un vivo amor por la verdadera gloria. Cada uno exaltaba sus brillantes cualidades, y no fue difícil persuadir á todo el mundo que habia venido á hacer la guerra á los Macedonios y no á los Griegos. Los Tebanos, sorprendidos en este lazo, fueron á su encuentro, le introdujeron en su ciudad, y juraron solemnemente amistad á los Romanos.

Batalla de Cinocéfaló (197). Despues de estos brillantes acontecimientos, habiendo obtenido Flaminio del senado la prorogacion de sus poderes, marchó hácia la Tesalia, y aumentó el vigor de la guerra. Encontró el ejército de Filipo

cerca de Cinocéfalo, y empeñó una accion general. En el primer momento el ejército romano empezó á desordenarse y se replegó á la vista del enemigo; pero la desigualdad del terreno dió la superioridad á la legion romana sobre la falanxe. Ocho mil Macedonios quedaron en el campo de batalla, y cinco mil fueron hechos prisioneros. Esta victoria entregó á los Romanos el imperio de la Macedonia y de la Grecia. Flaminio ordenó que Filipo destruyera su flota, que pagaria á los Romanos mil talentos en diez años, que renunciaría á todas sus posesiones en la Grecia, que no conservaria mas de quinientos soldados armados, y que en rehenes entregaria al vencedor su hijo Demetrio.

Proclamacion de la libertad de la Grecia (169). Consintiendo Filipo en tales condiciones, borraba su reino del rango de las naciones. En cuanto á los Griegos, su ilusion fue completa, cuando en los juegos istmicos Flaminio hizo proclamar en alta voz por un heraldo: *Que el senado de Roma y Flaminio, general de los Romanos, revestido del poder consular, declaran libres de todas guarniciones y de todo impuesto á los Corintios, Locrios, Foceos, Eubeos, Aqueos, Phtiotas, Magnesios, Tesalios y Perebos, y les dejan la facultad de vivir segun sus leyes.* « Al pronto, dice Plutarco, todos los espectadores no oyeron muy distintamente esta proclamacion. El estadio estaba lleno de confusion y de alboroto; unos manifestaban la admiracion, otros se informaban de lo que se habia dicho, y todos pedian que el heraldo repitiese su publicacion. Hubo pues un silencio universal, y habiendo esforzado el rey de armas su voz, renovó su proclamacion, que fue oida de toda la asamblea. Los Griegos, en los transportes de su alegría, dieron gritos tan penetrantes que resonaron hasta el mar. Todo el teatro se levantó y no pensó ya en los juegos; los asistentes fueron en tropel á saludar y abrazar á Flaminio llamándole el defensor y salvador de la Grecia. »

Influencia de Roma sobre la Grecia. En esta guerra Roma habia aparecido enteramente desinteresada. Los Griegos creyeron con sencillez que ella solo habia tomado las armas por su libertad, y por todas partes se oia elogiar al senado. Fla-

minio no se reservó ciudad alguna, y en todas ocasiones trataba de exaltar las ideas de independencian y de libertad. La alianza que habia hecho antes con el tirano de Esparta, el cruel Nabis, parecia no obstante en contradiccion con sus brillantes palabras: él lo conoció y le declaró la guerra; pero le atacó con tanto miramiento que le debilitó sin destruirle. Su objeto era dejarle en el Peloponeso, para desempeñar contra los Aqueos el papel que hacian en Macedonia Filipo contra los Etolios, y en Africa Masinisa contra Cartago. Sin tratar de dominar en las ciudades, cuidó de establecer en todas partes celosos partidarios de la dominacion romana y elevarlos al poder. Despues de haber asegurado así á Roma el protectorado de toda la Grecia, fue cuando volvió á su seno para gozar de los honores del triunfo.

§ II. Guerra contra Antioco (192-190).

Anibal en Cartago (201-195). Mientras que Filipo combatia contra Roma, Anibal reinaba en Cartago con el título de *sufeta*. No menos admirable en la paz que en la guerra, destruyó la constitucion oligárgica de Cartago, reformó la administracion interior del pais, restableció el orden en las rentas, adiestró las tropas en trabajos útiles, y pareciendo conservar la alianza de los Romanos, enviaba mensajes secretos al gran Antioco para comprometerle á atacar á Roma, mientras que los Macedonios, los Cisalpinos y los Españoles estaban armados. Asustado el senado de los proyectos y astucias de aquel enemigo irreconciliable, no se avergonzó de enviar á los Cartagineses una diputacion para pedirle su cabeza. Estos hombres de negocio, que se quejaban porque la justicia de aquel guerrero habia puesto un término á sus rapiñas, iban á consentir en traicion tan cobarde, pero Anibal les evitó esta infamia. Se fugó á una galera que habia hecho preparar secretamente y llegó á Siria (195).

Anibal en la corte de Antioco. Antioco tenia grandes pretensiones. No solamente queria reinar en Asia, Fenicia y Siria,

sino que dirigia sus miradas á la Tracia y Macedonia. Los Romanos, bajo pretexto de defender la libertad de estos países, le enviaron diversas embajadas, y él les respondió con orgullo: *Yo no me mezelo en lo que haceis en Italia, ¿porqué os ocupais de lo que hago en Asia?* Anibal le decidió con facilidad á la guerra. Desgraciadamente Antioco no tenia el espíritu bastante elevado para comprender los pensamientos de este grande hombre. El ilustre Cartaginés queria que los Romanos fuesen atacados en Italia; y él mismo se hubiera puesto al frente de la expedicion. Durante este tiempo, decia, Cartago se hubiera sublevado, la Grecia habria tomado las armas, y Antioco hubiese venido con todas las demas naciones del Oriente á concluir la ruina de Roma conmovida.

El rey de Siria prefirió escuchar los consejos de los Etolios. Estos, mas vanos que poderosos, habian prometido al gran Antioco sublevar la Grecia y la Macedonia contra Roma y elevar sus tiendas de campaña en las orillas del Tiber. Creyendo el monarca sus brillantes promesas, solamente se presentó en Grecia con diez mil hombres sin dinero ni viveres. Tanta debilidad inspiró á todos el desprecio mas profundo. *Si yo mandase,* decia Filopemeno, *hubiera matado en breve todos aquellos enemigos en sus tabernas.* Y en una gran asamblea de Corinto, habiéndose atrevido el embajador de Antioco á alabar las fuerzas de su amo, designando todas las naciones que servian bajo sus banderas: *Uno de nuestros huéspedes,* dijo Flaminio, *habiéndome hecho servir una gran cantidad de carnes, le pregunté con admiracion cómo habia podido proporcionarse tantos manjares. Todas estas viandas, me respondió el huésped, no son sino de puerco, y no difieren mas que en el condimento y el guiso. Aqueos, que no os admire tampoco este gran ejército de Antioco; esos lanceros, esos infantes de quienes se habla tanto, no son todos sino Sirios que solo se distinguen por la armadura.*

Sin embargo, si hubiesen seguido los consejos de Anibal, se hubieran podido hacer todavía grandes cosas con esos hombres muelles y afeminados. El audaz Cartaginés queria que se hiciese alianza con Filipo, ó que se le destruyese. Ea

seguida hubieran hecho venir de Asia tropas y navios, y despues de haber dejado parte de estas fuerzas delante de Corcira, habrian marchado con el resto sobre Italia. Antioco, lejos de seguir este bello proyecto, se divirtió por espacio de muchos meses en tomar algunas ciudades en la Tesalia, y dió así á los Romanos todo el tiempo necesario para sus preparativos.

Batalla de las Termópilas (191). Antioco, al aproximarse aquellos, ocupó el estrecho de las Termópilas, añadió trincheras y murallas á las fortificaciones naturales de este sitio, y descansó, persuadido como estaba de que habia cerrado toda entrada al enemigo. Pero Caton, uno de los tribunos legionarios, acordándose de los rodeos que en otro tiempo habian hecho los Persas para entrar por allí en la Grecia, trepó á las montañas, sorprendió las guardias avanzadas de los Sirios, flanqueó el ejército de Antioco y le hizo huir. El cónsul Manio alabó á Caton por su valor, y le envió á Roma para que él mismo llevase la noticia de su victoria. Este acontecimiento llenó la ciudad de alegría, é inspiró al pueblo tanta confianza que se vanaglorió, dice Plutarco, de estar llamado á conquistar el imperio del mar y de la tierra.

Batalla de Magnesia (190). Antioco huyó á Chalcis y despues á Efeso. Se recreaba en esta ciudad con tanta seguridad como si los Romanos no hubiesen tratado de recoger el fruto de su victoria. No obstante Anibal le hizo salir de su inercia. Por consejo del Cartaginés, compró la alianza de los Gálatas, é hizo venir una nueva flota, mas fue destruida cerca de Mionesa. Las legiones romanas se habian puesto en camino bajo las órdenes de Luc. Scipion, hermano del Africano; les dejó atravesar el Helesponto sin obstáculo, y cuando se hallaron al frente de su campo, pidió la paz. Los Romanos se la ofrecieron, con la condicion de que cederia toda el Asia hasta el Tauro. Quiso mas arriesgar la batalla, y se batieron cerca de Magnesia. Los Galos fueron los únicos que se batieron con valor, los Sirios se dejaron degollar. Cincuenta y dos mil de estos quedaron en el campo de batalla, mientras que los Romanos no perdieron, segun se dice, mas que trescientos.

cientos cincuenta y dos hombres. Despues de semejante derrota, preciso fue aceptar una paz humillante.

Tratado de paz (190). Conforme á las condiciones del tratado, Antioco se obligaba: 1º á evacuar toda el Asia de este lado del Tauro; 2º á pagar quince mil talentos á los Romanos y cuatrocientos á Eumeno, rey de Pérgamo; 3º á entregar Anibal y algunos otros en poder de los vencedores, como tambien su jóven hijo Antioco en rehenes. Sin embargo esta paz fue menos perjudicial al rey de Siria por la pérdida de los países que cedía que por el uso que de ellos hicieron los Romanos. Dándolos en su mayor parte al rey de Pérgamo, enemigo de Antioco, colocaron cerca de él un rival siempre dispuesto á dañarle: Roma tuvo tambien gran cuidado, al estipular que el pago de la cantidad exigida sería efectuada en doce años, de tener la Siria en una continua dependencia (1). Antioco murió tres años despues de esta derrota (2).

§ III. Desde la derrota de Antioco el Grande hasta la muerte de Scipion y de Anibal (190-183).

Sumision de los Etolios. Despues de la derrota de Antioco vino naturalmente la conquista de la Etolia. Los Romanos deseaban hacia largo tiempo aniquilar estos salteadores de caminos incorregibles que les echaban en cara sin cesar sus servicios. Habiendo consentido uno de sus magistrados en fiarse á la fe romana, el cónsul L. Scipion mandaba ya cargarles de cadenas. Como se quejaban con indignacion de tal injusticia, el cónsul, que no queria tener que combatir al mismo tiempo sus ejércitos y las tropas de Antioco, les concedió una tregua de seis meses. Pero cuando el rey de Siria venció en Magnesia, el senado, mostrándose sordo á todas las súplicas de estos desgraciados, encargó al cónsul Fulvio Nobilior les sujetase. Su resistencia fue al menos heroica, y no reconocieron, como decia la fórmula consagrada, *la majestad*

(1) Heeren, *Historia antigua*.

(2) Véase mi *Compendio de la historia antigua*.

y el imperio del pueblo romano, sino despues de haberse extenuado en una lucha gloriosa.

Humillacion de los Gálatas (189-187). El sucesor de L. Scipion, el cónsul Manlio, habiendo querido establecer la autoridad del nombre romano en Asia, se indispuso con los Gálatas, el pueblo mas bravo de este país, y quiso castigarle por los servicios que habia hecho al rey de Siria. Sin embargo, antes de atacarles trató de corromperles; pero en esta nacion sencilla y libre la seduccion no podia ejercer un gran imperio. Le fue preciso pues recurrir al valor y á la disciplina de sus tropas. Atravesó el país de Axilon, llegó á la ciudad de Gordio, y venció en el monte Olimpo á los Tolistoboyes, la primera tribu de los Gálatas. Esta derrota causó mucha impresion á la tribu de los Tectosagos, quienes pidieron á Manlio una entrevista para tratar de la paz, y en esta ocasion le armaron pérfidas asechanzas. El cónsul escapó de ellas como por casualidad, y volvió á comenzar las hostilidades con un nuevo encarnizamiento. Los Tectosagos fueron tambien vencidos, mas Roma se guardó bien de reducir esta nacion valiente al último extremo.

La paz fue concluida en Apameo de Frigia despues de aquellas dos grandes victorias. «Manlio exigió solamente que los Galos devolviesen las tierras quitadas á los aliados de Roma, que renunciases á su vida vagabunda que inquietaba á sus vecinos, y en fin que hiciesen con Eumeno una alianza íntima y duradera. Estas condiciones fueron aceptadas.» (Thierry). El cónsul fué despues á triunfar á Roma, donde ostentó las coronas de oro que habia recibido de las ciudades de Asia, y las sumas inmensas de dinero y de oro que habia reunido de los despojos del enemigo. Principalmente hizo trofeo de los cincuenta y dos gefes galos que habia hecho prisioneros, y les colocó detrás de su carro triunfal con las manos atadas á la espalda.

Muerte de Filopemeno (183). El senado se felicitaba por haber humillado la Macedonia, la Eolia y el Asia Menor. Filopemeno le inspiraba inquietudes en Grecia, cuando un acontecimiento fortuito le libró de ellas. Este bravo guerrero,

elegido general de los Aqueos por la octava vez á los setenta años de edad, fue llamado de repente para comprimir una revolucion en la Mesenia. Quinientos caballos mesenios le hicieron prisionero en un ataque contra Mesena. Su gefe Dinocrato le puso en una cueva subterránea que no recibia aire ni luz, y estaba cerrada por una piedra gruesa que colocaban á la entrada. Luego que se retiró la multitud, le envió la cicuta. Toda la Grecia llevó el luto por este grande hombre. Quemaron su cuerpo, y Polibio condujo de Mesena á Megalópolis la urna que contenia sus cenizas. Todas las ciudades le levantaron estatuas, y le hicieron los mayores honores.

Muerte de Anibal (183). Flaminio habia sido causa de la muerte de Filopemeno instigando á los Mesenios para que se sublevasen. En el mismo viaje fué á Bitinia, á la córte de Prusias, adonde Anibal se habia retirado despues de la batalla de Magnesia, y le pidió la cabeza del ilustre desterrado. Roma habia visto con pena á este viejo capitán dirigir la pequeña guerra de Bitinia contra Pérgamo y contra Eumeno en muchos encuentros. El senado temblaba al oír el nombre de Anibal, y temia que la fortuna le llevase aun á las puertas de Roma. Prusias no tuvo valor para resistir, y quiso mas entregar el Cartaginés que arriesgar su corona. Cuando Anibal vió atacada su estancia por los enemigos, se representó que iba á ser conducido cautivo á Roma, y no tuvo fuerza para resignarse á tal vergüenza. Se envenenó y se hizo matar por un esclavo.

Muerte de Scipion (183). El año 183 antes de Jesucristo fue verdaderamente fatal á los grandes hombres. Filopemeno bebió la cicuta, Anibal se envenenó, y Scipion murió en su villa de Literno. Su gloria le habia inspirado un orgullo tiránico. Habia rehusado el consulado de por vida, y ejercia en nombre de sus victorias una verdadera dictadura. En la guerra de Antioco, él mismo habia dictado las condiciones de paz, y no se dignó dar cuenta de las cantidades inmensas que habia recibido. Se le acusó de peculado. Su conducta con respecto á sus detractores fue siempre noble y digna, y muchas veces sus palabras fueron sublimes. La primera vez

que compareció como acusado, hizo traer los registros por su hermano: *Las cuentas están ahí, dijo, pero no las vereis.* Despues las rasgó á la vista del pueblo, añadiendo: *No daré cuenta de cuatro millones de sestercios, cuando he hecho entrar en el tesoro doscientos millones.*

Habiéndole atacado de nuevo la virtud austera de Caton, que nivelaba todas las condiciones, pareció en público, subió á la tribuna y dijo: *Romanos, en un dia como este venci en Africa á Anibal y á los Cartagineses. Venid conmigo al Capitolio para dar gracias á los dioses; y pedirles os conceda siempre gefes que se me asemejen.* Todos le siguieron al Capitolio, y dejaron á los tribunales solos con sus esclavos y el heraldo que habia citado al vencedor de Anibal.

Otro dia se contentó con responder á sus acusadores: *No he traído para mí sino el sobrenombre del Africa.* Pero al fin se cansó de estar expuesto á los tiros enconados del odio y de la envidia. Se retiró á su villa de Literno, y rehusó comparecer de nuevo. El pueblo iba á entregarse á los últimos excesos; pero Semp. Graco calmó su cólera, y se decidió dejar en paz al grande hombre. Terminó su carrera en su modesto asilo, complaciéndose en oír los versos de Enio y ocupándose él tambien de poesia. No pudo perdonar á sus conciudadanos su ingratitud. Pidió que se le sepultara en el lugar de su destierro, y que grabasen sobre su tumba estas amargas palabras: *Patria ingrata, no poseerás mis huesos.*